

grupo de casas está la del señor Mequínez; todos lo saben, y llegarás en pocas horas". "Yo estuve allí hace poco", dijo un joven que había acudido, al oír el grito.

Marcos se le quedó mirando, con los ojos fuera de las órbitas, y le preguntó precipitadamente, palideciendo: "Habéis visto a la criada del señor Mequínez, la italiana?" "¿La *genovesa*? La he visto".



Marcos rompió en sollozos convulsivos, entre risa y llanto. Luego, con impulso de violenta resolución: "¿Por dónde se va? Pronto, el camino; me marchó en el acto; enseñadme el camino". "¿Pero si hay una jornada de marcha! —le dijeron todos a una voz— estás cansado y debes reposar; partirás mañana". "¡Imposible! ¡Imposible! —respondió el muchacho—. ¡Decidme por dónde se va; no espero ni un momento; en seguida, aun cuando me cayera muerto en el camino".

Viendo que era irrevocable su propósito, no se opusieron más. "¡Que Dios te acompañe! —le dijeron—. Ten cuidado con el camino por el bosque". "Buen viaje, *italianito*". Un hombre le acompañó fuera de la ciudad, le indicó el camino, le dio algún consejo

y se quedó mirando cómo empezaba su viaje. A los pocos minutos el muchacho desapareció, cojeando con su baulillo a la espalda, por entre los árboles espesos que flanqueaban el camino.

.....

Aquella noche fue tremenda para la pobre enferma. Tenía dolores atroces que le arrancaban alaridos capaces de destrozar sus venas, y que le producían momentos de delirio. Las mujeres que la asistían perdían la cabeza. El ama acudía de cuando en cuando, descorazonada. Todos comenzaron a temer que aun cuando hubiere decidido dejarse hacer la operación, el médico, que debía llegar a la mañana siguiente, llegaría ya demasiado tarde. En los momentos en que deliraba, se comprendía, sin embargo, que su desconsuelo mayor y más terrible no lo causaban los dolores del cuerpo, sino el pensamiento de su familia lejana. Moribunda, descompuesta, con la fisonomía desecha, metía sus manos por entre los cabellos, con actitudes de desesperación que traspasaba el alma, gritando: "¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Morir tan lejos! Morir sin volverlos a ver! ¡Mis pobres hijos que se quedan sin madre; mis criaturas, mi pobre sangre! Mi Marcos, todavía tan pequeñito, así de alto, tan bueno y tan cariñoso! ¡No sabéis que muchacho era! Señora, ¡si usted supiese! No me lo podía quitar de mi cuello cuando partí; sollozaba que daba compasión oírle; ¡pobrecillo! Parecía que sospechaba que no había de volver a ver a su madre. ¡Pobre Marcos pobre niño mío! Creí que estallaba mi corazón. ¡Ah! ¡Si me hubiese muerto en aquel mismo momento en que me decía: "¡adiós!" ¡Si hubiera entonces muerto atravesada por un rayo! ¡Sin madre, pobre niño; él, que me quería tanto, que tanta necesidad tenía de mis cuidados; sin madre, en la miseria, tendrá que ir pidiendo limosna; él, Marcos, mi Marcos, tenderá su mano, hambriento! ¡Oh, Dios eterno! ¡No! ¡No quiero morir; ¡El médico, llamadlo en seguida! ¡Que venga y que me corte, que me haga pedazos las entrañas, que me haga enloquecer, pero que me salve la vida! ¡Quiero curarme, quiero vivir, marchar, huir, mañana en seguida! ¡El médico! ¡Socorro, favor!" Y las mujeres le sujetaban las manos, la acariciaban, suplicando, la hacían volver en sí poco a poco, y le hablaban de Dios y de esperanza. Ella entonces caía en mortal abatimiento, lloraba, con las manos hundidas entre sus cabellos grises, gemía como una niña, lanzando lamentos prolongados y murmurando de vez en cuando: "¡Oh, Génova mía! ¡Mi casa! ¡Todo aquel mar!... ¡Oh, mi Marcos, mi infeliz Marcos! ¡Dónde estará ahora la pobre criatura mía!"

.....

Eran las doce de la noche. Su pobre Marcos, después de haber pasado muchas horas sobre la orilla de un foso, extenuado, caminaba entonces a través de vastísima floresta de árboles gigantes, monstruos de vegetación, con fustes desmesurados semejantes a pilastras de una catedral, que a cierta altura maravillosa entrecruzaban sus enormes cabelleras plateadas por la luna. Vagamente, en aquella media obscuridad, veía miles de troncos de todas formas,



derechos, inclinados, retorcidos, cruzados en actitudes extrañas de amenaza y de lucha; algunos caídos en tierra como torres arruinadas de pronto; todo cubierto de una vegetación exuberante y confusa que semejava furiosa multitud disputándose palmo a palmo el terreno; otros formando grupos verticales, y apretados como si fueran haces de lanzas gigantescas cuyas puntas se escondieran en las nubes; una grandeza soberbia, un desorden prodigioso de formas colosales, el espectáculo más majestuosamente terrible que jamás le hubiese ofrecido la naturaleza vegetal. Por momentos le sobrecogía gran estupor. Pero pronto su alma volaba hacia su madre. Estaba muerto de cansancio, con los pies sangrando, solo, en medio de aquel importante bosque, donde no veía más que a gran-

des intervalos, pequeñas viviendas humanas, que colocadas al pie de aquellos árboles parecían nidos de hormigas, y alguno que otro búfalo dormido en el camino; estaba agotado, pero no sentía el cansancio; estaba solo y no tenía miedo. La grandeza del campo engrandecía su alma; la cercanía de su madre le daba la fuerza y la decisión de un hombre; el recuerdo del océano, de los abatimientos, de los dolores que había experimentado y vencido, de las fatigas que había sufrido, de la férrea voluntad que había desplegado, le hacían levantar la frente; toda su fuerte y noble sangre genovesa refluían a su corazón en ardiente oleada de altanería y audacia. Y una cosa nueva pasaba en él: hasta entonces había llevado en su mente una imagen de su madre obscurecida y como un poco borrada por los años de alejamiento, y ahora aquella imagen se aclaraba; tenía delante de sus ojos la cara entera y pura de su madre como hacía mucho tiempo no la había contemplado; la volvía a ver cercana, iluminada, como si estuviere hablando; volvía a ver los movimientos más fugaces de sus ojos y de sus labios, todas sus actitudes, sus gestos todo, todas las sombras de sus pensamientos y apenas por aquellos vivos recuerdos apretaba el paso, y un nuevo cariño, una ternura indecible iba creciendo en su corazón, que hacía correr por sus mejillas lágrimas tranquilas y dulces. Según iba andando en medio de las tinieblas, le hablaba, le decía las palabras que le hubiera dicho al oído dentro de poco: "Aquí estoy, madre mía; aquí me tienes; no te dejaré jamás; juntos volveremos a casa, estaré siempre a tu lado en el vapor, apretado contra ti, y nadie me separará de ti nunca, nadie, jamás, mientras tengas vida!" Y no advertía entretanto que sobre la cima de los árboles gigantes iba poco a poco apagándose la argentada luz de la luna, con la blancura delicada del alba.

.....

A las ocho de aquella mañana, el médico de Tucumán —un joven argentino— estaba ya al lado de la cama de la enferma, acompañado de un practicante, intentando por última vez persuadirla para que se dejase hacer la operación; a su vez, el ingeniero Mequínez volvía a repetir las más calurosas instancias, lo mismo que su señora. Pero ¡todo era inútil! La mujer, sintiéndose exhausta de fuerzas, ya no tenía fe en la operación; estaba certísima, o de morir en el acto, o de no sobrevivir más que algunas horas, después de sufrir en vano dolores mucho más atroces que los que debían matarla naturalmente. El médico tenía buen cuidado de decirle una y otra vez: "¡Pero si la operación es segura y vuestra salvación cierta, con tal de que tenga algo de valor! Y por otro lado, si se em-

peña en resistir, la muerte es segura". Eran palabras lanzadas al aire. "No —respondía siempre con su débil voz—; todavía tengo valor para morir, pero no lo tengo para sufrir inútilmente. Gracias, señor médico. Así está dispuesto. Déjeme morir tranquila". El médico desanimado, desistió. Nadie pronunció una palabra más. Entonces la mujer volvió el semblante hacia su ama y le hizo con voz moribunda sus postreras súplicas. "Mi querida y buena señora —dijo con gran trabajo, sollozando—: usted mandará los pocos cuartos que tengo y todas mis cosas a mi familia... por medio del señor cónsul. Yo supongo que todos viven. Mi corazón me lo predice en estos últimos momentos. Me hará el favor de escribirles... que siempre he pensado en ellos... que he trabajado para ellos... para mis hijos... y que mi único dolor es no volverlos a ver más; pero que he muerto con valor..., resignada..., bendiciéndoles; y que recomiendo a mi marido... y a mi hijo mayor, al más pequeño, a mi pobre Marcos... a quien he tenido en mi corazón hasta el último momento". Y poseída de una gran exaltación repentina, gritó juntando las manos: "¡Mi Marcos! ¡Mi pobre niño! ¡Mi vida!..." Pero girando los ojos anegados en llanto, vio que su ama no estaba ya a su lado; habían venido a llamarla furtivamente. Buscó al señor también había desaparecido. No quedaban más que las dos enfermeras y el practicante. En la habitación inmediata se oía rumor de pasos presurosos, murmullo de voces precipitadas y bajas, de exclamaciones contenidas.

La enfermera fijó su vista en la puerta en ademán de esperar. Al cabo de pocos minutos volvió a presentarse el médico, con semblante extraño; luego su señora y el amo, también con la fisonomía visiblemente alterada. Los tres se quedaron mirando con singular expresión, y cambiaron entre sí algunas palabras en voz baja. Parecióle oír que el médico decía a la señora: "Es mejor en seguida". La enferma no comprendía.

"Josefa —le dijo el ama con voz temblorosa—, tengo que darte una noticia buena. Prepara tu corazón a recibir una buena noticia".

La mujer se quedó mirando con fijeza.

"Una noticia —continuó la señora cada vez más agitada— que te dará mucha alegría". La enferma abrió sus ojos desmesuradamente. "Prepárate —prosiguió su ama— a ver a una persona a quien quieres mucho".

La mujer levantó la cabeza con ímpetu vigoroso y empezó a mirar a la señora y a la puerta con ojos que despedían fulgores.

"Una persona —añadió su alma palideciendo— que acaba de

llegar inesperadamente". "¿Quién es?", gritó con voz sofocada y angustiada como llena de espanto.

Un instante después lanzó un agudísimo grito: de un salto se sentó sobre la cama y permaneció inmóvil con los ojos desencajados y con las manos apretadas contra las sienes, como si se tratase de una aparición sobrehumana. Marcos, lacerado y cubierto de polvo, estaba de pie en el umbral, detenido por el doctor, que le sujetaba por un brazo.

La mujer prroumpió por tres veces: "¡Dios! ¡Dios! ¡Dios mío!" Marcos se lanzó hacia su madre, que extendía sus brazos descarnados, apretándole contra su seno como un tigre, rompiendo a reír violentamente y mezclándose a su risa profundos sollozos y lágrimas, que le hicieron caer rendida y sofocada sobre las almohadas.

Pronto se rehizo, sin embargo, gritando como una loca, llena de alegría y besando a su hijo: "¿Cómo estás aquí? ¿Por qué? ¿Eres tú? ¿Cómo has crecido! ¿Quién te ha traído? ¿Estás solo? ¿No estás enfermo? ¿Eres tú, Marcos! ¿No es esto un sueño! ¡Dios mío! ¡Háblame!" Luego, cambiando de tono repentinamente: "¡No! —¡Calla! ¡Espera!" y volviéndose hacia el médico: "Pronto, en seguida, doctor. Quiero curarme. Estoy dispuesta. No pierda un momento. Lévese a Marcos para que no sufra. ¡Marcos mío, no es nada! Ya me contarás todo: ¡Dame otro beso! ¡Vete! Héme aquí doctor".

Sacaron a Marcos de la habitación. Los amos y criados salieron en seguida, quedando solo con la enfermera, el cirujano y el ayudante, que cerraron la puerta. El señor Mequínez intentó llevarse a Marcos a una habitación lejana; fue imposible; parecía que lo habían clavado en el pavimento.

"¿Qué es? —preguntó—. ¿Qué tiene mi madre? ¿Qué le están haciendo?" Entonces Mequínez, bajito e intentando siempre llevarse de allí: "Mira oye; ahora te diré; tu madre está enferma; es preciso hacerle una sencilla operación; te lo explicaré todo; ven conmigo". "No —respondió el muchacho—; quiero estar aquí. Explíquemelo aquí".

El ingeniero amontonaba palabras y más palabras, y tiraba de él para sacarlo de la habitación; el muchacho comenzaba a espantarse, temblando de terror. Un grito agudísimo, como el de un herido de muerte, resonó de repente por toda la casa. El niño respondió con otro grito horrible y desesperado:

"¡Mi madre ha muerto!" El médico se presentó en la puerta y dijo: "Tu madre se ha salvado". El muchacho le miró un momento, arrojándose luego a sus pies, sollozando: "¡Gracias, doctor!" Pero el médico le hizo levantar, diciéndole: "Levántate!... ¡Eres tú, heroico niño, quien ha salvado a tu madre!"

VERANO

Miércoles 24.—Marcos, el genovés, es el penúltimo pequeño héroe con quien haremos conocimiento por este año; no queda más que otro para el mes de junio. No restan más que dos exámenes mensuales, veintiséis días de lección, seis jueves y cinco domingos. Se percibe ya la atmósfera de fin de año. Los árboles del jardín, cubiertos de hojas y flores, dan hermosa sombra sobre los aparatos de gimnasia. Los alumnos van ya vestidos todos de verano. Da gusto presenciar la salida de clases. ¡Qué distinto es todo de los meses pasados. Las cabelleras que llegaban hasta tocar los hombros han desaparecido; todas las cabezas están rapadas; se ven cuellos y piernas desnudos; sombreros de paja de todas formas, con cintas que cuelgan sobre las espaldas; camisas y corbatas de todos colores; todos los más pequeñitos siempre llevan algo rojo o azul, bien alguna cinta, un ribete, una borla o aunque sea puramente un remiendo de color vivo, pegado por la madre, para que haga bonito a la vista, hasta los más pobres; muchos vienen a la escuela sin sombrero, como si hubiesen escapado de casa. Otros llevan el traje claro de gimnasia. Hay un muchacho de la clase de la maestra Delcato que va vestido de encarnado de pies a cabeza, como un cangrejo cocido. Varios llevan trajes de marinero. Pero el más hermoso, sin disputa, es el albañilito; que usa un sombrero de paja tan grande, que parece una media vela con su palmatoria, y como siempre no es posible contener la risa al verle poner el hocico de liebre, allí bajo su sombrero. Coreta también ha dejado su gorra de piel de gato, y lleva una gorrilla de viaje, de seda, Votino tiene un traje escocés, y como siempre muy atildado. Crosi va enseñando el pecho desnudo. Precusa desaparece bajo los pliegues de una blusa azul, turquí de maestro herrero. ¿Y Garofi? Ahora que ha tenido que dejar el capotón bajo el cual escondía su comercio, le quedan bien al descubierto todos sus bolsillos, repletos de toda clase de baratijas, y le asoman las puntas de los billetes de sus rifas. Ahora todos dejan ver bien lo que llevan; abanicos hechos con medio periódico y pedazos de caña, flechas para disparar contra los pájaros, hierba y otras cosas que asoman por los bolsillos, y van cayéndose paso a paso de las chaquetas. Muchos de los chiquillos traen ramitos de flores para las maestras. También éstas van vestidas de verano, con colores alegres, excepción hecha de la *monjita* que siempre va de negro, la maestra de la pluma roja, que la lleva siempre, y un lazo de color de rosa al cuello, enteramente ajado por las manitas de sus alumnos; que siempre le hacen reír y correr tras ellos. Es la estación de las cerezas y de las mariposas, de las músicas por las calles y de los

paseos por el campo; muchos de cuarto año se escapan ya a bañarse en el Po; todos sueñan con las vacaciones; cada día somos de la escuela más impacientes y contentos que el día anterior. Sólo me da pena ver a Garrón de luto, y a mi pobre maestra del primer año, que cada vez está más consumida, más pálida y tosiedo con más fuerza. ¡Camina ya enteramente encorvada, y me saluda con una expresión tan triste...!

POESIA

Viernes 26.—“Comienzas a comprender la poesía de la escuela, Enrique; pero por ahora no ves la escuela más que por dentro; te parecerá más hermosa y poética dentro de treinta años, cuando vengas a acompañar a tus hijos, y entonces la verás por fuera como yo la veo. Esperando la hora de salida, voy y vuelvo por las calles silenciosas que hay en derredor del edificio, y acerco mi oído a las ventanas de la planta baja cerradas, con persianas. En una ventana oigo la voz de una maestra que dice: “¡Ah! ¡Qué rasgo de ti! No está bien, hijo mío. ¿Qué diría de él tu padre?...” En la ventana inmediata se oye la gruesa voz de un maestro que dicta con lentitud: “Compró cincuenta metros de tela... a cuatro pesetas cincuenta céntimos el metro... los volvió a vender...” Más allá la maestra de la pluma roja lee en alta voz: “Entonces, Pedro Mica, con la mecha encendida...” De la clase próxima sale como un gorgojo de cien pájaros, lo cual quiere decir que el maestro ha salido fuera un momento. Voy más adelante, y a la vuelta de la esquina oigo que llora un alumno y la voz de la maestra que reprende, al par que consuela. Por algunas ventanas llegan a mis oídos versos, nombres de grandes hombres, fragmentos de sentencias que aconsejan la virtud, el amor a la patria, el valor. Siguen después instantes de silencio, en los cuales se diría que el edificio estaba vacío; parece imposible que allí dentro haya setecientos muchachos; de pronto se oyen estrepitosas risas, provocadas por una broma de algún maestro de buen humor... La gente que pasa se detiene a escuchar, y todos vuelven una mirada de simpatía hacia aquel hermoso edificio que encierra tanta juventud y tantas esperanzas. “Se oye luego de improviso un ruido sordo, un golpear de libros y carteles, un roce de pisadas, un zumbido que se propaga de clase en clase y de lo bajo a lo alto, como el difundirse de improviso una buena noticia: es el bedel que va a nunciar la hora. A este murmullo, una multitud de hombres, de mujeres, de muchacho sy de jóvenes, se aprieta a uno y otro lado de la salida para esperar

a los hijos, a los hermanos, a los nietecillos, entretanto, de las puertas de la clase se deslizan en el salón de espera como borbotones, grupos de muchachos pequeños, que van a coger sus capotitos y sombreros, haciendo con ellos revoltijos en el suelo, y brincando alrededor, hasta que el bedel los vuelve a hacer entrar uno por uno en clase. Finalmente, salen en largas filas y marcando el paso. Entonces comienza de parte de los padres una lluvia de preguntas: “¿Has sabido la lección?” “¿Cuánto trabajo te ha puesto?” “¿Qué tenéis para mañana?” “¿Cuándo es el examen mensual?” Y hasta las pobres madres que no saben leer, abren los cuadernos, miran los problemas y preguntan los puntos que han tenido. “¿Solamente ocho?” “¿Diez, con sobresaliente?” “Nueve, de lección?” Y se inquietan y se alegran, preguntan a los maestros, y hablan de programas y de exámenes. ¡Qué hermoso es todo esto, cuán grande y qué inmensa promesa para el mundo!—*Tu Padre*”.



LA SORDOMUDA

Domingo 28.—No podía concluir mejor el mes de mayo que con la visita de esta mañana. Oímos un campanillazo, corremos todos. Oigo a mi padre que dice maravilloso: “¿Usted aquí, Jorge?”

Era Jorge nuestro jardinero de Chieri, que ahora tiene su familia en Condove, que acaba de llegar de Génova, donde había desembarcado el día antes, de vuelta de Grecia, después de estar tres años trabajando en las vías férreas. Tenía un gran fardo en sus brazos. Está un poco envejecido, pero conserva la cara colorada y jovial de siempre.

— Mi padre quería que entrase, pero él se negó, y poniéndose serio, preguntó: “¿Cómo va mi familia? ¿Cómo está Luisa?” Hace pocos días estaban bien”, respondió mi madre, Jorge dio un gran suspiro. “¡Oh! ¡Dios sea alabado! ¡No tenía valor para presentarse en el Colegio de Sordomudos sin noticias de ellas! Aquí dejo el saco y voy a recogerla. ¡Tres años hace que no veo a mi pobre hija!” “¡Tres años hace que no veo a ninguno de los míos! Mi padre me dijo: “Acompáñale!” “Perdone: una palabra más”, interrumpió el jardinero desde el descansillo de la escalera. Pero mi padre le dijo: “¿Y los negocios?” “Bien —respondió—, gracias a Dios; he traído algunos cuartos. Pero quería preguntar: ¿cómo va la instrucción de la mudita? Dígame algo. Cuando la dejé parecía más bien un pobre animalillo; ¡infeliz criatura! Yo tengo poca fe en estos colegios. ¿Ha aprendido a hacer algunos signos? Mi mujer me escribía: “Aprende a hablar; hace progresos”. Pero yo me decía: “¿Qué importa que ella aprenda a hablar si yo no sé hacer los signos? ¿Cómo haremos para entendernos, pobre chiquitina? Eso es más para que se entiendan entre ellos mismos, un desgraciado con otro desgraciado. ¿Qué tal va, pues? ¿Qué tal va?” Mi padre le respondió sonriéndose: “No le digo nada; ya lo verá. Vaya, vaya; no le quitéis vosotros ni un minuto más”. Salimos; el Instituto está cerca. Por el camino, andando a paso largo, el jardinero me hablaba y se iba poniendo cada vez más triste. “¡Ah, pobre Luisa mía! Nacer con esta desgracia? Decir que jamás la he oído llamarme *padre*, y que jamás ella ha oído llamarse hija, y que nunca ha dicho ni oído una palabra! Y gracias que hemos encontrado un señor caritativo que ha hecho los gastos del colegio. Pero... antes de los ocho años no ha podido ir. Tres años hace que no está en casa. Está en los once ahora. ¿Está crecida, dígame, está crecida? Tiene buen humor? Ahora verá usted, ahora verá usted”, le respondí apresurando el paso. “Pero ¿dónde está ese Instituto, —preguntó— mi mujer fue quien la acompañó cuando yo había ya marchado. Me parece que debe de estar hacia este lado”. Precisamente, habíamos llegado. Entramos en seguida en el locutorio. Vino a nuestro encuentro un mozo. “Soy el padre de Luisa Vogli —dijo el jardine-

ro—; mi hija en seguida, enseguida”. “Está en el recreo —respondió el empleado—; voy a decírselo a la maestra”. Y se fue.

El jardinero ya no podía ni hablar ni estarse quieto; se ponía a mirar los cuadros de las paredes, sin ver nada. Se abrió la puerta entró una maestra vestida de negro, con una muchacha de la mano.

Padre e hija se miraron un momento, y luego se estrecharon en interminables abrazos.

La muchacha iba vestida de tela rayada blanca y encarnada con delantal gris. Está más alta que yo. Lloraba y tenía a su padre apretado del cuello con ambos brazos.

Su padre se desligó y se puso a mirarla de pies a cabeza, con el llanto en los ojos y tan agitado como si se acabase de dar una gran carrera y exclamó:

“¡Ah! ¡Cómo ha crecido! ¡Qué hermosa se ha puesto! ¡Oh, mi querida, mi pobre Luisa! ¡Mi pobre mudita! ¿Es usted, señora, la maestra? Dígale usted que me haga los signos, que algo comprenderé, y poco a poco iré aprendiendo. Dígale que me haga comprender alguna cosa con los gestos”. La maestra sonrió, y dijo en voz baja a la muchacha: “¿Quién es ese hombre que ha venido a buscarte?” Y la muchacha, con una voz gruesa, extraña, destemplada como si fuera un salvaje que hablase por primera vez nuestra lengua, pero pronunciando claro y sonriéndose, respondió: “Es mi padre”. El jardinero dio un paso atrás y comenzó a gritar como un loco: “¡Habla! ¡Pero es posible! ¡Pero es posible! ¡Habla! Pero ¿hablas tú, niña mía hablas? Dime, ¿hablas?” Volvió a abrazarla, besándola cien veces en la frente. “¿Pero no hablan con los gestos, señora maestra; no hablan con los dedos, así? Pero ¿qué es esto?” “No, señor Vogí —respondió la maestra—; no es con gestos. Ese era el método antiguo. Aquí se enseña por el método nuevo, por el método oral!” “¿Cómo!, ¿no lo sabía?” “¡Yo no sabía nada? respondió el jardinero confuso—. ¡Hace tres años que estoy fuera! Quizá me lo han escrito y no lo he entendido. Tengo una cabeza de chorlito... ¡Oh, hija mía tú me comprendes, por consiguiente! ¿Oyes lo que te digo?” “No, buen hombre —dijo la maestra—: la voz no la oye, porque es sorda. Ella comprende por los movimientos de nuestra boca cuáles son las palabras que se le dicen; pero no oye las palabras de usted ni tampoco las que ella le dice; las pronuncia porque la hemos enseñado, letra por letra, cómo debe ir disponiendo los labios y cómo debemos mover la lengua; qué esfuerzo debe hacer con el pecho y con la garganta para echar fuera la voz”. El jardinero no comprendió, y se estuvo con la boca abierta. Aún no lo creía. “Dime, Luisa, preguntó a su hija

hablándole al oído—: ¿estás contenta de que tu padre haya vuelto?” Levantando la cabeza, se puso a esperar la respuesta.

La muchacha le miró pensativa y no dijo nada.

El padre permaneció turbado.

La maestra se echó a reír. Luego replicó: “Pero, buen hombre, no le responde porque no ha visto los movimientos de sus labios: ¡si le ha hablado usted al oído! Repita la pregunta manteniendo usted la cara delante de la suya!” El padre, mirándola muy fijamente a la cara, repitió: “¿Estás contenta de que tu padre haya vuelto y de que ya no se marche?” La muchacha, que había mirado con suma atención los labios de su padre, tratando hasta de ver el interior de la boca, respondió con soltura. “Sí, es-toy con-ten-ta de que ha-yas vuel-to y de que no te mar-ches ya nun-ca ja-más”. El padre la abrazó impetuosamente, y luego, a toda prisa, le abrumó a preguntas. “¿Cómo se llama tu madre?” “An-tonia”. “¿Cómo se llama tu hermana pequeña?” “A-de-lai-da”. “¿Cómo se llama este colegio?” “De sor-do-mu-dos”. “¿Cuántos son diez y diez?” “vein-te”. De pronto, y mientras que nosotros creíamos que iba a reír de placer, se echó a llorar. ¡Pero también las lágrimas eran de alegría! “¡Animo! —le dijo la maestra—; tiene usted motivo para alegrarse, pero no para llorar. Mire que hace usted llorar también a su hija. ¿Está contento?” El jardinero cogió fuertemente la mano de la maestra y se la llenó de besos, diciendo: “Gracias, gracias, cien veces gracias, mil veces gracias, querida señora maestra! Y perdóneme... que no sepa decirle a usted otra cosa...” “Pero no sólo habla —le dijo la maestra—; su hija de usted sabe escribir. Sabe hacer cuentas. Conoce los nombres de todos los objetos usuales. Sabe un poco de Historia y algo de Geografía. Ahora está en la clase normal. Cuando haya hecho los otros dos años, sabrá mucho más. Saldrá de aquí en disposición de ejercer una profesión. Ya tenemos discípulos que están colocados en las tiendas para servir a los parroquianos, y cumplen en sus oficios como los demás”. El jardinero se quedó aun más maravillado que antes. Parecía que de nuevo se le confundían las ideas. Miró a su hija y comenzó a rascarse la frente. La expresión de su semblante pedía claramente alguna mayor explicación.

Entonces la maestra se volvió al portero, y dijo: “Llame usted a la niña de la clase preparatoria”. El portero volvió al poco rato con una sordomuda de ocho a nueve años, que hacía pocos días había entrado en el Instituto. “Esta —dijo la maestra— es una de aquellas a quienes enseñamos los primeros elementos. He aquí cómo hace. Quiero hacerle decir e. Esté usted atento”. La maestra

abrió la boca como se abre para pronunciar la vocal *e*, e hizo señas a la niña para que abriese la boca de la misma manera.

La niña obedeció. Entonces la maestra le indicó que echase fuera la voz. Lo hizo así la niña; pero en lugar de *e*, pronunció *o*. “No —dijo la maestra—; no es eso”. Y cogiendo las dos manos de la niña, se puso una de ellas abierta contra su garganta y la otra contra el pecho, y repitió “*e*”. La niña, que había sentido en sus manos el movimiento de la garganta y del pecho de la maestra, volvió a abrir de nuevo la boca y pronunció muy bien: “*e*”. Del mismo modo la maestra le hizo decir *c* y *d*, manteniendo siempre las dos manos de la niña, una en el pecho y otra en la garganta: “¿Ha comprendido usted ahora?”, preguntó.

El padre había comprendido, pero parecía aún más asombrado que cuando no entendía. “¿Y enseñan ustedes a hablar de ese modo? —preguntó al cabo de estarlo pensando un minuto y sin quitar su vista de la maestra—. ¿Tienen la paciencia de enseñar a hablar de esta manera, poco a poco, a todos? ¿uno por uno?... ¿años y años?... ¿Pero ustedes son unas santas! ¿Son más bien ángeles del Paraíso!... ¿No hay recompensa para ustedes! ¿Qué más tengo que decir?... ¿Ah sí! Déjenme un poco con mi hija ahora. Si quiera cinco minutos que esté sola conmigo”.

Y habiéndola separado hacia un lado, se sentaron y comenzó a preguntarle; la muchacha respondía, y él reía, con los ojos humedecidos y pegándose puñetazos sobre las rodillas, cogía a su hija por las manos, mirándola fuera de sí por la alegría que le causaba oír la, como si fuese una voz que viniese del cielo; luego preguntó a la maestra: “¿Me sería permitido dar las gracias al señor director?” “El director no está —respondió la maestra—. Pero está otra persona a quien debería usted dar las gracias. Aquí cada niña pequeña está al cuidado de una compañera mayor, que lo hace como de hermana y madre... Su hija está confiada a una sordomuda, de diecisiete años, hija de un panadero, que es buena y la quiere mucho; hace dos años que va a ayudarla a vestir todas las mañanas, la peina, la enseña a coser, le arregla la ropa, le hace compañía. Luisa ¿cómo se llama tu madre de Colegio?” La muchacha, sonriéndose, respondió: “Ca-ta-li-na Jor-dán”. Luego dijo a su padre: “Muy, muy buena”.

El empleado, que había salido a una indicación de la maestra, volvió casi en seguida con una sordomuda rubia, robusta, de cara alegre, también vestida de tela de rayas rojizas, con delantal gris: se detuvo en el umbral y poniéndose colorada, inclinó su cabeza sonriendo. Tenía cuerpo de mujer y parecía una niña.

La hija de Jorge corrió en seguida a su encuentro, la cogió por un brazo como a una niña, y la trajo delante de su padre, diciendo con su gruesa voz: “Ca-ta-li-na Jor-dán”. “¡Ah! ¡La excelente niña! —exclamó el padre alargando la mano como para acariciarla; pero pronto la retiró repitiendo—: La buena muchacha, que Dios bendiga y que le dé todo género de venturas, todos los consuelos, haciéndola feliz, y a todos los suyos; ¡es un honrado operario, un pobre padre de familia quien lo desea de todo corazón!”

La muchacha grande acariciaba a la pequeña, siempre con la cabeza baja y sonriéndose; el jardinero seguía mirándola como a una virgen. “Hoy se puede llevar a su hija”, dijo la maestra. “¡Sí, me la llevo! —respondió el jardinero—. Hoy la llevaré a Condove, y mañana temprano la volveré a traer. ¡Figúrese si no me la he de llevar!” La hija se fue a vestir. “¡Después de tres años que no la veo —replicó el jardinero—. ¡Y ahora que habla!... A Condove me la llevo en seguida. Pero antes quiero dar una vuelta por Turín, con mi mudita del brazo, para que todos la vean, y llevarla a que la oigan mis cuatro conocidos. ¡Ah! ¡Hermoso día! ¡Esto se llama un consuelo! ¡Venga acá ese brazo, Luisa mía!” La muchacha, que había vuelto con una manteleta y una cofia, dio el brazo a su padre. “¡Y gracias a todos! —dijo el padre ya desde la puerta—. ¡Gracias a todos con toda mi alma! ¡Volveré otra vez para repetir a todos las gracias!” Se quedó un momento pensativo: luego, separándose bruscamente de la muchacha, volvió pies atrás, hurgándose con una mano en el bolsillo del chaleco y gritando como un furioso, “Pues bien: soy un pobre diablo; pero aquí están veinte pesetas para el Instituto: ¡una moneda de oro bien hermosa!” Y dando un gran golpe sobre la mesa, dejó el doblón sobre ella. “¡No, no, buen hombre! —dijo conmovida la maestra—. Recoja usted su dinero. A mí no me corresponde recibirlo. Ya vendrá cuando esté el director. Tampoco él lo aceptará, esté seguro. Ha trabajado usted tanto para ganarlo, ¡pobre hombre!... Todos le quedaremos agradecidos, lo mismo que si lo recibiéramos”. “No, yo lo dejo —repitió el jardinero—; y luego... ya veremos”. Pero la maestra le volvió la moneda al bolsillo, sin darle tiempo para rechazarla. Entonces se resignó, meneando la cabeza; envió con toda rapidez un beso con la mano a la muchacha grande, saludó a la maestra y cogiendo de nuevo a su hija, se lanzó fuera de la puerta. “Ven, ven hija mía, ¡pobre hija mía, mi tesoro!” La hija le decía con voz gruesa: “¡Oh, que sol tan her-mo-so!”